

LA VIDA TRANSATLÁNTICA DE VICTORIA KENT

The transatlantic life of Victoria Kent

Enrique Benítez Palma

Economista (España)

Victoria Kent vivió más allá del océano Atlántico desde 1948 hasta su muerte, en 1987. Primero en México, y desde 1950 en Nueva York, donde trabajó para Naciones Unidas. A partir de 1952 estableció una sólida y estrecha relación con Louise Crane, con la que compartiría una causa –la defensa de la República, a la que fue leal hasta el fin de sus días– y también una vida. Con el fallecimiento de Franco y la Transición, Victoria Kent vio un momento de esperanza con respecto a la recuperación en España de los valores republicanos que defendió con brillante inteligencia en los años 30. Sin embargo, muy pronto se dio cuenta de que los protagonistas del cambio serían hombres y mujeres más jóvenes, de generaciones posteriores a la suya. Aun así, visitó España dos veces y aceptó con entusiasmo la invitación del Ateneo de Málaga a participar en un homenaje a Picasso al que finalmente no pudo asistir. En aquellos tiempos escribió diversas colaboraciones para *El País* que hoy pueden consultarse en la hemeroteca digital de este periódico.

Palabras clave

Victoria Kent, Carmen de la Guardia, El País, Ateneo de Málaga, Picasso

Victoria Kent lived beyond the Atlantic Ocean from 1948 to her death in 1987. She first lived in Mexico and since 1950 in New York, where she worked in the United Nations. Since 1952, Kent established a strong and close relationship with Louise Crane, sharing a cause –the defense of the Spanish Republic to whom was loyal until the end of her days– and also a life. With the passing of Franco and the Spanish transition to democracy, Victoria Kent saw a moment of hope regarding the recovery of Spanish Republican values that defended with brilliant intelligence during the 30s. Nevertheless, she soon realized that the agents of change would be younger men and women from later generations. However, she went back to Spain twice and accepted enthusiastically the invitation of the Malaga Athenæum to take part in a tribute to Picasso that she eventually could not attend. In those times, Kent wrote several contributions for *El País* that are available for consultation at the digital archive of this newspaper.

Palabras clave

Victoria Kent, Carmen de la Guardia, El País, Malaga Athenæum, Picasso

Victoria Kent o la fidelidad republicana

Ha escrito Carmen de la Guardia un ensayo fantástico (*Victoria Kent y Louise Crane en Nueva York. Un exilio compartido*¹), una biografía parcial mucho más que necesaria. De Victoria Kent apenas se sabe ahora, en esta España banal, enfadada y dividida, que fue durante la Segunda República la primera mujer en llegar a ejercer de directora general de prisiones. Y también que en 1931 defendió en debate parlamentario una postura incómoda sobre el voto femenino, recayendo en la brillante y no menos necesaria Clara Campoamor toda la gloria y el reconocimiento histórico de la conquista del sufragio de las mujeres en España.

Nacida en Málaga en 1892 –toda la vida se empeñó en quitarse cinco o seis años– su verdadero apellido era O’Kean. Tuvo la fortuna Victoria Kent de pertenecer a una familia liberal de origen inglés que se preocupó por su formación. Así pudo acceder al notable experimento que supuso la pionera Residencia de Señoritas –gracias a las buenas maneras de otro ilustre malagueño, Alberto Jiménez Fraud– y alcanzar por méritos propios la licenciatura en Derecho. Se dice que fue la primera mujer abogada en España, aunque diversas fuentes desmienten tal extremo. No obstante, sus méritos fueron tantos que en su honor se compuso hasta un celebrado chotis, tema de un certero y puntiagudo artículo de Paco Umbral en 1977².

De Victoria Kent, como se ha dicho, se conocía con cierta profundidad su vocación política durante la Segunda República y la Guerra Civil. Un poco menos su dramático exilio en Francia, contado por ella misma en *Cuatro años en París, 1940-1944*³. Y apenas nada de su breve estancia en México tras la Segunda Guerra Mundial y su definitiva escala en Nueva York. Por eso la profunda y paciente investigación de Carmen de la Guardia, que habría merecido una mejor edición, más cuidada y repasada, supone un auténtico y casi definitivo hito en la aproximación a su carácter, a su fuerte personalidad, a su intachable fidelidad a la causa republicana y a su sólida vocación política. Sin olvidar por supuesto la parte afectiva: un prudente y discreto velo cubría su estrecha relación con Louise Crane, una rica y sofisticada joven americana que fue su inseparable compañera vital desde 1952 hasta su muerte, en 1987.

1 Carmen de la Guardia: *Victoria Kent y Louise Crane en Nueva York. Un exilio compartido* (2015). *Silex Ediciones*, Madrid.

2 Francisco Umbral: *Doña Celia y doña Victoria*. *El País*, 27 de octubre de 1977.

3 Victoria Kent: *Cuatro años en París. 1940-1944*. (2007). Editorial Gadir, Madrid.

Nueva York

Victoria Kent se instala definitivamente en Nueva York el 11 de octubre de 1952. Por el camino, desde la derrota de 1939, es necesario mencionar su peligroso escondite en París, perseguida por la Gestapo y ayudada por diversas amistades cómplices. Durante cuatro largos y sombríos años lleva un diario que bien pudo convertirse en otro testimonio incompleto y póstumo, a la manera de los dietarios de Ana Frank. Pudo salvar la vida y huir a México tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, donde mantenía fuertes redes de contactos con intelectuales y académicos allí instalados.

Su prestigio es gigantesco y gracias a su pasión política y su indiscutible talento y brillantez consigue un estimulante y a priori magnífico empleo en Naciones Unidas. De ahí su traslado a Nueva York, donde conocerá a Louise Crane, una joven de la alta burguesía, muy comprometida con la cultura hispánica y el exilio republicano español. Este encuentro sería decisivo en las vidas de ambas, que a partir de ese momento inician un proyecto compartido marcado por la vocación de estar juntas y ayudar a la causa política del gobierno de la República en el exilio. El trabajo de Victoria Kent en Naciones Unidas se revela demasiado burocrático para ella, una mujer de acción acostumbrada a las rápidas decisiones políticas. Renuncia a los dos años. Desde entonces vuelca sus energías y esfuerzos en poner en pie un proyecto editorial capaz de aglutinar al exilio moderado, desde la convicción de que era necesario mantener un vínculo intelectual y político con España para no quedar al margen de los acontecimientos. Una visión extraordinaria que se demostró amargamente acertada, como ella misma comprobaría con la llegada de la democracia y la marginalidad que sufrieron quienes intentaron desde el exilio aportar su granito de arena a una Transición pilotada por los jóvenes.

Llama la atención el hecho de que Victoria Kent apoyara en aquellos años la causa de Eisenhower. En efecto, el vencedor de los nazis llegaría a la presidencia de los Estados Unidos en 1952, con el ubicuo Nixon como vicepresidente, y con el apoyo entusiasta de la conservadora familia Crane, benefactora de Victoria Kent. Más tarde apoyaría sin fisuras a Kennedy –cuyo asesinato le afectó profundamente– y llegó a escribir para *El País*, ya en 1977, un artículo de apostillas al discurso de investidura de Jimmy Carter. Genio y figura. Su compromiso con los ideales republicanos de libertad, igualdad y justicia social se mantuvo a lo largo de su vida, y a ellos arrastró a Louise Crane, que pese a sus raíces conservadoras fue sin duda la mejor compañera posible de viaje de la combativa política malagueña.

Desde los primeros 50, Kent y Crane se concentran en ruinosos proyectos de alta influencia

política y lamentables resultados económicos. Por suerte el patrimonio de Louise Crane era lo suficientemente sólido como para ir cubriendo las pérdidas derivadas de una frenética e incisiva actividad editorial que ahora conocemos en su intensa importancia de la mano de Carmen de la Guardia. Primero editaron un boletín llamado *Ibérica*, de corta pero notable trayectoria a la hora de aglutinar a intelectuales moderados del exilio. Y más tarde lucharon contra viento y marea para sostener durante veinte años la revista *Ibérica por la Libertad*, un esfuerzo sobresaliente de activismo político que sólo finalizaría en 1974, en vísperas de la caída del régimen franquista.

Es muy destacable la investigación que realiza Carmen de la Guardia en torno a dos cuestiones relevantes. Por una parte, y como ya sabemos, al fin de la Segunda Guerra Mundial sucedió, casi sin solución de continuidad –que diría un matemático– la Guerra Fría, y con ella la guerra fría cultural. Y por otra parte están las complejas relaciones de Victoria Kent con sus homólogos de la intelectualidad antifranquista, muy especialmente con Salvador de Madariaga, pero también con Ramón J. Sender y otros.

La causa de la República Española, muy apoyada por la sociedad estadounidense, se complica tras la irrupción de la amenaza comunista y la aparición de un nuevo equilibrio global. La España de Franco pasa del aislamiento a la complicidad, y todo este cambio estratégico sobrevuela el trabajo de activismo político de Victoria Kent y sus publicaciones. Su punto de vista era muy moderado, su prestigio como jurista y mujer de alta capacidad intelectual era muy respetado por las autoridades americanas, pero no sin tensiones. Son años, además, en los que agencias más o menos encubiertas financian todo tipo de actividades culturales con un vínculo común: el anticomunismo. Y ahí estaba Victoria Kent, republicana liberal, rodeada de colaboradores antiestalinistas (trotskistas muchos de ellos) en la causa de la expansión de las ideas moderadas, pero firmemente antifranquistas en las que creía.

En este maremágnum de confusión ideológica y de inicio de una narrativa política global muy alejada de la simple y fácil dialéctica entre libertad y totalitarismo, Victoria Kent necesita contar con las contribuciones de los más respetados intelectuales que conoce. Muchos de los huidos y exiliados, sobre todo en México, son más radicales en sus postulados, y ella, que ha adivinado con singular lucidez que llegará el momento de la reconciliación, prefiere la compañía de monárquicos como Madariaga (que además era su amigo personal) y otros destacados autores menos conflictivos. Pese a todo, y como muy bien señala Carmen de la Guardia, siempre tuvo que soportar –aunque nunca de

manera directa– el paternalismo o incluso el desprecio de sus pares varones. Azaña, Sender –que llamaba «las putrefactas» a Kent y Crane– o el propio Madariaga nunca valoraron la talla intelectual y moral de Victoria Kent, educados todos ellos en el rancio árbol genealógico de la supremacía masculina. Con Madariaga tendría Kent un amargo sinsabor cuando decide colaborar con ABC desde mediados de los años 60. Intercambian cartas, ella es dura y sincera.

Todo este esfuerzo de divulgación de reflexiones sensatas en torno a la represión franquista comenzó a dar paso a una mayor involucración con la política nacional. Son los años 60, la huelga minera de Asturias es reprimida y comienzan las movilizaciones universitarias. Kent incorporó a la revista los testimonios enviados desde España, sobre todo a través de amigos personales como Raúl Morodo y Tierno Galván. Hizo llegar el fruto de su trabajo alertando sobre la ausencia de libertades o las primeras movilizaciones estudiantiles al Senado de los Estados Unidos de América. Encontró notables aliados en su causa invisible por la finalización de la dictadura y el regreso de la democracia, como la del Embajador en Madrid, Claude Bowers. Y sobre todo fue capaz de articular una sólida red de simpatías hacia la resistencia interior antifranquista en los ámbitos intelectuales y académicos estadounidenses –estamos hablando de Hannah Arendt, Erich Fromm, Arthur Miller, John Dos Passos, Noam Chomsky y otros muchos– a partir de los años sesenta, cuando más se necesitaba la presión internacional sobre un régimen que buscaba desesperadamente salir de su oscura autarquía.

La sutil y aventajada inteligencia de Victoria Kent choca con un mundo de hombres partidistas. Ella trabaja a largo plazo, tiene unas ideas menos radicales y es ferozmente independiente. Quizás por todos esos motivos el denodado trabajo de todos estos años no haya sido investigado con la profundidad necesaria hasta la fecha. Y también, por qué no decirlo, porque la Transición trajo consigo una nueva narrativa amargamente ingrata para con los exiliados y su lucha callada.

Los años amargos

Emociona la parte final del trabajo de Carmen de la Guardia. Cae la dictadura franquista y Victoria Kent, ahora lo sabemos, espera volver. Cree que la joven democracia española va a contar con ella. Sueña con su Dirección General de Prisiones, con retomar su obra inacabada. Pero su aguda percepción de la realidad en seguida le alerta de que su momento ya ha pasado. Suárez nombra para el puesto a un joven de apenas treinta años, y más tarde a un in-

geniero electromecánico. Vuelve a España en octubre de 1977, pero sobre todo a pasear por Madrid, ver a viejos amigos, compañeros de la República, familiares. Apenas permanece un mes, algo se ha roto en su interior. Ella misma reconoce que salió de España con el pelo negro y ahora sólo peina canas. Colabora esporádicamente en *El País*. Se hace

Su indestructible fidelidad a la República y a los valores que defendía estuvieron presentes en todos y cada uno de los minutos de su vida

socia del Ateneo de Málaga –ya en 1980– y se suma un año más tarde a la conmemoración del nacimiento de Picasso –con quien había trabado una buena amistad durante sus años en Francia–. Desde la distancia, el olvido y la ingratitud le producen una cierta amargura. Su tiempo ha pasado.

La historia de Victoria Kent merecía este rescate. El libro de Carmen de la Guardia es un libro político, pero también un libro de afectos: el que recibió y devolvió a tantas otras mujeres destacadas y luchadoras que tejieron una red indestructible de apoyo y solidaridad. Cuidado: no estamos hablando de las primeras compañeras de Kent en la Residencia de Señoritas, conservadoras y franquistas algunas de ellas, sino de Adèle de Blonay, Victoria Ocampo, Gabriela Mistral, Frances R. Grant, Nancy MacDonald, Marianne Moore, Elizabeth Bishop o Silvia Marlowe. Y también de Rosa Chacel, Carmen Conde o Ana María Matute. Una nómina deslumbrante de mujeres largo tiempo invisibles.

En tiempos de olvido fácil y compromisos líquidos el ejemplo de Victoria Kent suena a pasado. Su indestructible fidelidad a la República y a los valores que defendía estuvieron presentes en todos y cada uno de los minutos de su vida. También la pasión política. La pareja que formó junto a Louise Crane es sin duda uno de los paradigmas de compromiso compartido, entre dos personas que se quieren y respetan en sólida plenitud. Lástima de un país tan dado a olvidar a sus mejores representantes. Sin duda, Victoria Kent tendría mucho que decir sobre la actualidad española. Su fina y sagaz inteligencia lo habría presentado desde su lejana terraza en Nueva York.

La inacabada Transición de Victoria Kent

Entre 1977 y 1985, Victoria Kent publicó en *El País*, el diario español más cercano a sus postulados éticos e ideológicos, una serie de dieciséis colaboraciones: catorce artículos de opinión y dos cartas al director⁴. La relación con el periódico empezó el 21 de enero de 1977, hace ahora 40 años, y gracias a la hemeroteca digitalizada de *El País* se puede consultar en línea⁵.

Los artículos escritos por Victoria Kent tienen varios denominadores comunes, y un mar de fondo que resulta interesante y oportuno analizar en estos tiempos de impugnación o cuestionamiento de la Transición y sus instituciones. Kent, sólida republicana comprometida con su causa, militó hasta el fin de sus días en la Acción Republicana Democrática Española (ARDE), el partido de Manuel Azaña, a quien Victoria Kent admiraba como político, como dirigente y como intelectual. Uno de sus artículos («Legalización de partidos», 23 de abril de 1977) recuerda un hecho ya olvidado: en aquellos momentos delicados el Gobierno permitió la legalización de partidos dispuestos a formar parte de la Transición desde la dictadura de Franco a un nuevo régimen basado en la monarquía parlamentaria como forma de gobierno. No fue el caso de la ARDE, que desde la reivindicación del retorno a la República y a la legalidad de 1931 quedó excluida y permaneció así ajena a la construcción de la nueva democracia española. Las elecciones se celebrarían el 15 de junio de 1977, la legalización llegaría el 2 de agosto, extemporánea e inútil.

Cabe preguntarse si fue acertada esta estrategia por parte de los dirigentes de ARDE. Hoy sabemos que era seguramente inviable plantear a la sociedad española un cambio tan radical, un regreso a un término político («República») que en aquellos días no tenía el significado que puede tener en estos momentos. Sea como fuere los dirigentes republicanos se mantuvieron fieles a sus principios, y hoy la formación heredera de ARDE, Izquierda Republicana, está integrada dentro de Izquierda Unida.

Gracias al gran trabajo de Carmen de la Guardia sabemos ahora que Victoria Kent vivió con ciertas expectativas la muerte de Franco y el regreso de España a la democracia. Llama la atención que publicara cuatro artículos en 1977 y otros cinco en 1979. Ninguno sin embargo en 1978, el año de la aprobación de la Constitución, el momento clave de la consolidación de la nueva política en España. Desde 1980

⁴ Esto lo cuenta Carmen de la Guardia (página 252 de su libro citado). La búsqueda, lectura y selección de los textos aquí citados son trabajo del autor de este artículo.

⁵ Artículos de Victoria Kent publicados en *El País*: http://el-pais.com/autor/victoria_kent/a/.

apenas son una o dos colaboraciones por año, hasta su última Carta al Director, publicada el 16 de junio de 1985.

Sus temas favoritos fueron, cómo no, los vinculados a su especialidad, la política penitenciaria, y también los relacionados con asuntos de actualidad en el debate público. Vio con cierto agrado el trabajo en la Dirección General de Instituciones Penitenciarias de Carlos García Valdés, discípulo suyo, al que ayudó en los trabajos de su tesis doctoral. El cambio por Enrique Galavís, ingeniero de profesión sin experiencia ni conocimientos en la materia, motivó una de sus más agudas colaboraciones⁶, muy crítica con la deriva de un sistema que pedía a todas luces un cambio de rumbo con respecto a la gestión y la sórdida realidad de las cárceles franquistas.

Ocho de sus artículos tocan el tema penitenciario. El resto aborda cuestiones de actualidad, desde el discurso de posesión del presidente Jimmy Carter⁷ (10 de febrero de 1977), hasta el caso de la Ley del Divorcio⁸ (25 de noviembre de 1981), pasando por el debate de los «estatutos regionales» (6 de julio de 1979) o la reivindicación de Azaña, María Moliner o Juan Ramón Jiménez. Queda abierta a la curiosidad de los lectores la revisión de «Feminismo consciente», con la recomendación de que sea leído con perspectiva histórica⁹.

Siguiendo la trayectoria de publicaciones en *El País* parece confirmarse la tesis de Carmen de la Guardia: la realidad española de 1977 no tenía casi nada que ver con la España que abandonó Victoria Kent durante la Guerra Civil rumbo al exilio. Y aunque sus postulados reformistas tenían la misma vigencia –si no más– que en 1931, cuando entró como un vendaval de aire fresco en el Gobierno de la Segunda República, los actores y actrices llamados a modernizar España no iban a ser los mismos. Inteligente y sagaz, la comprensión acelerada de esta realidad sin duda influyó en sus decisiones. Como puso de manifiesto en 1998 Alberto Vela, a la sazón presidente de Izquierda Republicana, en una poco leída Carta al Director¹⁰, la verdad es que Victoria Kent nunca regresó a España, ya que siguió viviendo en Nueva York. Sí que hizo dos visitas puntuales (la primera entre el 11 de octubre y el 15 de noviembre de 1977, y la segunda entre el 25 de octubre y finales de noviembre de 1978), pero nada más (y nada menos).

⁶ Una incógnita, 12 de diciembre de 1979.

⁷ Aquí destaca la siguiente frase de Carter, muy aplicable a ella misma: «Tenemos que ajustarnos al cambio de los tiempos, y al mismo tiempo retener los principios que no cambian».

⁸ «Esa discusión sobre el contenido de la ley –escribe Victoria Kent– no puede ni debe circunscribirse al recinto parlamentario, el asunto es del dominio nacional».

⁹ Publicado el 12 de octubre de 1977, donde se reafirma en su posición contraria al voto femenino en 1931.

¹⁰ Alberto Vela: Homenaje mejorable. *El País*, 20 de junio de 1998.

Alberto Vela aprovecha su carta para divulgar dos cuestiones relevantes. En primer lugar, que Victoria Kent no fue la primera mujer «que en España vistió la toga de abogada; lo que sí fue es la primera mujer abogada en actuar ante un consejo supremo de guerra, en el mes de marzo de 1931, defendiendo a Álvaro de Albornoz». En segundo lugar, afirma que «tampoco es cierto que fuese propuesta por Alcalá Zamora como directora general de prisiones, ya que es conocido que lo fue por su correligionario y amigo Álvaro de Albornoz, ministro del Gobierno provisional de la República». Dos matizaciones importantes que en absoluto eclipsan los méritos y los evidentes logros alcanzados por Victoria Kent.

«Yo tenía el pelo negro cuando salí de España, ahora lo tengo blanco, pero no por ello he perdido mi actitud combativa». Esta frase, ya citada y rescatada por Carmen de la Guardia, resume quizás sus esperanzas frustradas. Como dice Miguel Ángel Villena¹¹, «Victoria Kent desapareció en las penumbras de una Transición que, a cambio de un pacto pacífico, condenó al olvido a muchos protagonistas de la historia». La lectura de estos artículos, tan olvidados, debe hacerse siempre con la necesaria precaución y con la debida perspectiva. Dijo un cronista de la Transición –Santos Juliá– que sus protagonistas sabían lo que hacían, y que hicieron lo que debían. Y aunque perviva una sensación cierta de injusticia, de cesiones, de asimetría, no tuvo que ser nada fácil estar allí, tomar decisiones, mantener los equilibrios. Revisar a todas horas la historia no deja de ser otro callejón sin salida.

Victoria Kent, Picasso y el Ateneo de Málaga

Quizás el último gran acto público destinado a tener como protagonista a Victoria Kent fuese el homenaje que organizó en 1981 el Ateneo de Málaga, al que ella misma, ya enferma y débil, no pudo asistir. Era Ramón Ramos Martín, el Presidente del Ateneo en aquellos momentos, y por lo tanto a él y sus directivos corresponde el mérito de la invitación a Victoria Kent. Según Carmen de la Guardia, Kent se hizo socia del Ateneo de Málaga «con verdadera ilusión», y por suerte el propio Ateneo, diez años más tarde, publicó 100 ejemplares de su texto, siendo presidente el poeta Salvador López Becerra¹².

Cuenta Victoria Kent en su breve escrito sus días en París con Picasso, con el que «España está en deuda moral, política y artística». Destaca asimismo la soledad y el silencio que acompañaron a Picasso

¹¹ Miguel Ángel Villena: Victoria Kent. (2007). Una pasión republicana. Editorial Debate, (página 235).

¹² Victoria Kent: Picasso: un destino sideral. Ateneo de Málaga, 1991.

durante toda su etapa creadora, que es lo mismo que decir toda su vida. «Mucho se ha especulado sobre el silencio absoluto que guardó Picasso en el período de la ascensión del fascismo en más de media Europa», escribe Kent.

Pues bien, ese silencio lo rompe cuando estalla la rebelión militar, en España, el 18 de julio de 1936. Con esa decisión tan característica en él, abraza la causa republicana. En 1937 aceptó el nombramiento de director del Museo del Prado; más tarde el Gobierno le encargó un mural para el pabellón español de la Exposición Internacional que había de celebrarse en París, y Picasso se puso a la obra con ardor. Más tarde realiza su obra definitiva: Guernica, su obra monumental que inmortaliza la tragedia española.

El homenaje ateneísta a Picasso, tan maltratado por el franquismo, permitió a Victoria Kent demostrar su admiración y cariño hacia el malagueño más universal. Revela en su breve exordio destinado a ser leído en el Ateneo de Málaga su trato frecuente con Picasso en París, destinada ella misma a la Embajada republicana, las visitas de él a la Embajada y de ella a su estudio, situado entonces en la rue des Grands Augustines, los almuerzos en un pequeño restaurante español, El catalán.

El 25 de septiembre de 1987, Victoria Kent moriría en Nueva York, en el Hospital Lenox Hill. «Tan lejos de su Málaga natal y del Mediterráneo, se despidió del mundo a los noventa y cinco años sin ver cumplido su deseo de ser enterrada en Sevilla con sus padres»¹³. Con ella desapareció una mujer del siglo XX: entregada, libre y combativa. Con Victoria Kent se fue toda una época, ya irreplicable.

¹³ Villena, página 235.